

LA SUMISA

TARA SUE ME

SUMISIÓN I



Sumisión. La sumisa

Tara Sue Me

Traducción de Laura Fernández Nogales

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: The Submissive

Fotografía de la cubierta: © Shutterstock

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta Fotografía de la autora: © Glen McCurtayne, Coleman/Rayner, 2013.

© Tara Sue Me, 2013

Publicado de acuerdo con NAL Signet, un sello de Penguin Group (USA) Inc.

© por la traducción, Laura Fernández Nogales, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2014 Depósito legal: B. 6.987-2014 ISBN 978-84-08-12815-1

ISBN 978-0-451-46622-8, New American Library, una división de Penguin

Group Inc., Nueva York, Estados Unidos, edición original

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

—Señorita King —dijo la recepcionista—, el señor West ya puede recibirla.

Me levanté, preguntándome por vigésima quinta vez qué estaba haciendo allí, y abrí la puerta para entrar en su despacho. Había atravesado toda la ciudad para hacerlo. Al otro lado de aquella puerta estaba mi más oscura fantasía: sólo tenía que cruzarla para empezar a hacerla realidad.

Cuando se abrió y entré, me sentí orgullosa de que no me temblaran las manos.

Paso uno: conseguido.

Nathaniel West estaba sentado tras un enorme escritorio de caoba y tecleaba en un ordenador. No levantó la vista ni redujo el ritmo de sus pulsaciones. Ni siquiera pareció advertir mi presencia. Yo bajé la mirada por si acaso.

Me quedé muy quieta y esperé, con la vista fija en el suelo, los brazos colgando a los costados y los pies separados la distancia exacta de la anchura de mis hombros.

Ya hacía un rato que se había puesto el sol, pero la lámpara del escritorio proyectaba una luz tenue que iluminaba la estancia.

¿Pasaron diez minutos? ¿Veinte?

Él seguía tecleando.

Empecé a contar mis inspiraciones y al poco mi corazón ami-

noró la acelerada velocidad a la que había empezado a latir ya antes de que entrara en el despacho.

Pasaron otros diez minutos.

O quizá fueron treinta.

Entonces dejó de teclear.

—Abigail King —dijo.

Me sobresalté un poco, pero mantuve la cabeza gacha.

Paso dos: conseguido.

Oí cómo cogía un montón de papeles y los golpeaba sobre el escritorio para apilarlos ordenadamente. No tenía mucho sentido. Por lo que había oído decir sobre Nathaniel West, los documentos ya debían de estar perfectamente ordenados. Era otra prueba.

Empujó la silla hacia atrás y por un momento el único ruido que se oyó en la silenciosa habitación fue el sonido de las ruedas desplazándose por el suelo de madera. Luego echó a andar con calculados y pacientes pasos, hasta que lo noté detrás de mí.

Me apartó el pelo del cuello con una mano y me rozó la oreja con su cálido aliento:

—No tienes referencias.

No las tenía. Aquello era sólo una loca fantasía. ¿Debía decírselo? No. Tenía que permanecer en silencio. Se me disparó de nuevo el corazón.

—Quiero que sepas —prosiguió—, que no estoy interesado en entrenar a ninguna sumisa. Mis sumisas siempre han estado perfectamente entrenadas.

Era una locura. Estar allí era una locura. Pero eso era lo que yo quería: deseaba estar bajo el control de un hombre.

No. No de cualquier hombre. De aquel hombre en concreto.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres, Abigail? —Se enroscó mi melena en el puño y me dio un suave tirón—. Tienes que estar segura.

Yo tenía la boca seca y estaba bastante segura de que él podía oír los latidos de mi corazón, pero me quedé quieta donde estaba.

Se rio y volvió a su escritorio.

-Mírame, Abigail.

No era la primera vez que veía su cara. Todo el mundo conocía a Nathaniel West, era el propietario y director general de Industrias West.

Pero las fotografías no le hacían justicia. Tenía la piel ligeramente bronceada y su tono moreno resaltaba el intenso color verde de sus ojos. Su espeso pelo negro parecía pedir a gritos que alguien hundiera los dedos en él, tirase y acercase esos labios para besarlos.

Nathaniel tamborileó con los dedos sobre el escritorio. Sus largos y fuertes dedos. Cuando pensé en lo que podrían llegar a hacerme esos dedos, noté que se me aflojaban las rodillas.

Frente a mí, él esbozó una sonrisa fugaz y me obligué a recordar dónde estaba. Y por qué.

Entonces habló de nuevo:

—No me interesa saber por qué me has enviado tu solicitud. Si te elijo y aceptas mis condiciones, tu pasado no tendrá ninguna importancia. —Cogió los papeles de mi solicitud y los examinó por encima—. Ya sé todo lo que necesito saber.

Yo recordaba muy bien los datos que había incluido en la solicitud: las casillas que marqué en las listas, los análisis de sangre que pidió, incluso la especificación del método anticonceptivo que utilizaba. Por otra parte, él también me había hecho llegar su información para que pudiera revisarla antes del encuentro. Ahora sabía su grupo sanguíneo, los resultados de sus análisis, sus límites infranqueables y las cosas que disfrutaba haciendo con y a sus compañeras de juegos.

Nos quedamos en silencio durante varios largos minutos.

—No estás entrenada —dijo—. Pero eres muy buena.

Se levantó para acercarse al enorme ventanal que había tras su escritorio y se hizo el silencio una vez más. Como fuera estaba completamente oscuro, pude ver su reflejo en el cristal. Nuestras miradas se cruzaron y yo bajé la mía.

—Me gustas bastante, Abigail King. Pero no recuerdo haberte dicho que apartaras la vista.

Yo volví a mirarlo con la esperanza de no haber cometido un error irreparable.

—Sí, creo que nos iría bien un fin de semana de prueba. —Le dio la espalda a la ventana y se aflojó la corbata—. Si aceptas, vendrás a mi casa este viernes, exactamente a las seis. Yo me encargaré de que un coche te recoja. Cenaremos juntos y empezaremos a partir de ahí.

Dejó la corbata en un sofá que tenía a su derecha y se desabrochó el botón de arriba del cuello de la camisa.

—Debo advertirte que tengo ciertas expectativas respecto a mis sumisas. Tendrás que dormir por lo menos ocho horas las noches del domingo al jueves. Seguirás una dieta equilibrada; ya te enviaré los menús por correo electrónico. También tendrás que correr un kilómetro y medio tres veces por semana. Y trabajarás la fuerza y la resistencia en mi gimnasio dos veces por semana; recibirás tu carné de socia mañana mismo. ¿Tienes alguna duda?

Otra prueba. No dije nada.

Él sonrió.

—Puedes contestar.

Por fin. Me humedecí los labios.

- —No soy especialmente atlética, señor West. No me gusta mucho correr.
- —Debes aprender a no dejar que te dominen tus debilidades, Abigail. —Se acercó al escritorio y anotó algo en un papel—.

También asistirás a clases de yoga tres veces por semana. Las puedes hacer en el gimnasio. ¿Alguna cosa más?

Negué con la cabeza.

—Muy bien. Nos veremos el viernes por la noche. —Me entregó algunos papeles—. Aquí encontrarás todo lo que necesitas saber.

Cogí los documentos y esperé.

Él volvió a sonreír.

—Puedes retirarte.

La puerta del apartamento contiguo al mío se abrió justo cuando pasé por delante. Mi mejor amiga, Felicia Kelly, salió corriendo al pasillo. Felicia y yo éramos amigas de toda la vida y habíamos crecido juntas en la misma minúscula ciudad de Indiana. Como en nuestro colegio los sitios de la clase estaban asignados por orden alfabético, durante los años de primaria y secundaria pudimos sentarnos siempre juntas. Y después de graduarnos en el instituto, también fuimos juntas a la misma universidad de Nueva York, donde enseguida comprendimos que si queríamos seguir siendo tan buenas amigas, debíamos ser vecinas en lugar de compartir piso.

Aunque la quería como a la hermana que nunca tuve, a veces Felicia podía ser demasiado mandona y autoritaria. Por su parte, a ella la volvía loca mi frecuente necesidad de tranquilidad. Y, por lo visto, mi entrevista con Nathaniel le producía el mismo efecto.

—¡Abby King! —Se puso en jarras—. ¿Tenías el teléfono apagado? Has ido a ver a ese tal West, ¿verdad?

Me limité a sonreír.

- —En serio, Abby —me dijo—, no sé siquiera ni por qué me molesto.
- —Lo sé. Dime, ¿por qué te molestas? —le pregunté, mientras ella me seguía hasta mi apartamento. Entré, me senté en el sofá y empecé a leer los documentos que me había dado Nathaniel—. Por cierto, este fin de semana no estaré.

Felicia lanzó un sonoro suspiro.

—Has ido a verlo. Sabía que lo harías. En cuanto se te mete algo en la cabeza, no paras hasta conseguirlo, y no piensas en las consecuencias.

Yo seguí leyendo.

—Te crees muy lista. ¿Y qué crees que pensarán en la biblioteca de todo esto? ¿Qué pensará tu padre?

Mi padre seguía viviendo en Indiana y, aunque no teníamos una relación muy próxima, estaba convencida de que tendría una opinión muy rigurosa sobre mi visita a las oficinas de Nathaniel. Una opinión muy negativa. Aunque, por otra parte, no creo que nadie fuera a comentar detalles de mi vida sexual con él.

Dejé los papeles en el sofá.

—Tú no le vas a decir nada a mi padre, y mi vida personal no es asunto de la biblioteca, ;no te parece?

Felicia se sentó y se examinó las uñas.

- -No, no lo entiendo. -Cogió los papeles-. ¿Qué es esto?
- —Dámelos.

Le arranqué los documentos de la mano.

- —La verdad —dijo—, si tantas ganas tienes de que te dominen, conozco algunos hombres que estarían encantados de hacerlo.
 - —No me interesan tus exnovios.
- -¿Así que te vas a meter en casa de un desconocido para dejar que te haga vete-tú-a-saber-qué?
 - -No funciona así.

Se acercó a mi portátil y lo encendió.

- —Y entonces, ¿cómo funciona exactamente? —Se reclinó en el respaldo de la silla, mientras la pantalla cobraba vida—. ¿Cómo es ser la amante de un hombre rico?
- —No seré su amante. Seré su sumisa. Y, por cierto, siéntete como en casa. Por favor, no dudes en utilizar mi portátil.

Tecleó algo con exaltación.

- -Muy bien. Su sumisa. Eso está muuucho mejor.
- —Pues sí. Todo el mundo sabe que el sumiso es quien tiene el poder en la relación.

Felicia no había investigado tanto como yo.

-;Y eso ya lo sabe Nathaniel West?

Había entrado en Google y estaba buscando el nombre de Nathaniel. Estupendo. Que lo encontrara.

De repente, su atractivo rostro llenó la pantalla. Nos miraba con sus penetrantes ojos verdes, mientras con un brazo rodeaba la cintura de una preciosa rubia que parecía ir con él.

«Es mío», dijo una estúpida parte de mi cerebro.

«Sólo de la noche del viernes a la tarde del domingo», respondió la parte más racional.

- -¿Quién es ésta? preguntó Felicia.
- —Supongo que mi predecesora —murmuré, volviendo a la realidad.

Era una idiota. Cómo podía pensar que me desearía a mí después de haber tenido a aquella mujer.

—Pues vas a tener que igualar esos preciosos tacones de aguja, amiga mía.

Me limité a asentir. Y, por supuesto, Felicia lo vio.

—Maldita sea, Abby. Tú nunca llevas tacones de aguja. Suspiré.

—Ya lo sé.

Ella negó con la cabeza y pinchó en el siguiente enlace. Yo aparté la vista, lo último que necesitaba era ver otra fotografía de aquella diosa rubia.

—Eh, cariño —dijo Felicia—, a este sí que lo dejaría dominarme cuando quisiera.

Levanté la cabeza y vi una fotografía de otro hombre guapo.

El pie de foto rezaba: «Jackson Clark, quarterback del Nueva York».

—No me habías dicho que estaba emparentado con un jugador de fútbol profesional.

No lo sabía. Pero tampoco habría servido de nada que se lo dijera, porque ya no me estaba prestando atención.

- —Me pregunto si Jackson estará casado —murmuró Felicia, pinchando en otros enlaces para buscar más información sobre la familia del jugador—. Parece que no. Hum, quizá podamos investigar más cosas sobre la rubia.
 - —¿No tienes nada mejor que hacer?
- —No —respondió—. No tengo nada más que hacer que sentarme aquí y convertir tu vida en un infierno.
- —Ya sabes dónde está la salida —le dije, de camino a mi habitación.

Si quería, podía quedarse toda la noche indagando sobre Nathaniel, pero yo tenía mucho que leer.

Cogí los papeles que él me había dado y me acurruqué en la cama. En la primera página figuraba su dirección y sus datos de contacto. Su casa estaba a dos horas en coche de la ciudad y me pregunté si tendría alguna otra propiedad más cerca. También me había confiado el código de seguridad de la entrada y su número de teléfono móvil por si necesitaba algo.

«O por si recuperas la cordura», intervino esa molesta parte tan petulante de mi cerebro.

En la segunda página, encontré los detalles sobre el gimnasio y el programa de ejercicios que debería seguir. Me tragué la incomodidad que sentí al pensar que tendría que correr. Había más especificaciones sobre las clases de musculación y resistencia a las que quería que asistiera. Y a pie de página, escrito con una pulcra cursiva, leí el nombre y el número de teléfono del instructor de yoga.

En la página tres me informaba de que el viernes no debía llevar ninguna maleta. Nathaniel me proporcionaría todos los artículos de higiene personal y la ropa que necesitaría. Interesante. Pero ¿qué otra cosa esperaba? También detallaba las mismas instrucciones que me había dado durante la entrevista: ocho horas de sueño, una dieta equilibrada... Nada nuevo.

En la página cuatro, encontré una lista de sus platos favoritos. Menos mal que se me daba bien cocinar. Pensé que ya los miraría con más detalle en otro momento.

Página cinco.

Digamos que la página cinco me dejó caliente, excitada, y con muchas ganas de que llegara el viernes.